

# EL PORVENIR

SEMANARIO CARLISTA



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Cuatro pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.

SE PUBLICA LOS JUEVES

ANUNCIOS á precios económicos.

Por ajuste de trimestres se hará el 10 por 100 de rebaja.

Administración: Calle de la Lechuga, núm. 13.

Pago adelantado.

## Supremacía del Poder civil.

"Non habemus regem nisi Caesarem."

(Joan. cap. XIX, v. 15)

Non habemus regem nisi Caesarem, gritó hace veinte centurias por vez primera ante el Pretorio de Pilatos un pueblo que proclamó siempre su independencia teniendo á gala decir que no reconocía otra soberanía que la de Dios. Ahora se repite de nuevo por gentes que nacieron en pueblos deudores de cuanto son y han sido á la práctica de las enseñanzas divinas.

Tanto ahora como antes, aunque ese grito parece sonar á rebeldía, ó es un pretexto ó significa dependencia ó vil esclavitud de Poderes tiránicos que domían sin piedad á los que se hacen la ilusión de ser soberanos poderosos y sólo sirven de instrumento de odios añejos y profundos.

Después de las tiranías de los Césares romanos, cuando la Cruz redentora triunfó de todos ellos, cuando la nueva doctrina informó la vida de los hombres é influyó en la dirección de los Estados, dulcificando las costumbres, se infiltró en las leyes y marcó su sello divino en todas las orientaciones humanas; cuando al calor del Evangelio se fueron desarrollando las nuevas nacionalidades, los Príncipes, los Reyes, los Directores de los pueblos, comprendiendo la necesidad de reforzar su autoridad, pusieron bajo los auspicios del cielo para recibir las luces que proyectan las revelaciones divinas interpretadas por la Iglesia y principalmente por el genuino representante de Cristo, el Sucesor de Pedro, el Pontífice Romano.

Por eso en Toledo abjuró sus errores el gran Recaredo, en el tercer Concilio toledano, y reciben aquellas asambleas prelaicales la misión de legislar no sólo en lo religioso, sino que también en lo civil y político; por eso Clodoveo recibe de manos de San Remigio las aguas regeneradoras del bautismo, y Esteban, Duque de Hungría, procura la rápida conversión de su pueblo...; por eso la epopeya de la fe europea realizada en las cruzadas y dirigida por príncipes y santos; por eso el honrarse los reyes con los títulos de Majestad Cristianísima, Apostólica, Fidelísima ó Católica; por eso las donaciones que, para robustecimiento de la autoridad pontificia, hicieron de sus Estados príncipes, emperadores y reyes, y por eso la influencia decisiva del Papa en todos los asuntos del orden temporal que agitaron los pueblos de la vieja Europa.

Pero vino el reconocimiento de los gustos paganos y con él las rebeldías del pensamiento que habían de abrir el camino á la mayor conmoción religiosa que se perpetró en los tiempos cristianos y ser causa de todos los excesos y de todas las apostasias que se vienen sucediendo cuatro siglos há, y era necesaria la ayuda del fuerte y del poderoso para que con su autoridad y con su brazo se consolidara la obra nefanda que habían iniciado la conepiscencia, el despecho, la envidia, la soberbia, la malicia, el vicio y las pasiones todas atizadas por las furias infernales.

De aquí nacieron los halagos á la potestad civil, las teorías de Océán, las concesiones y privilegios de la reforma en favor de los príncipes y las absoluciones de los reformadores para los excesos de cuantos se prestaron á poner su autoridad y su poder al servicio de la nueva herejía protestante, invadiendo al cabo los Estados que más se distinguieron en la defensa de sus religiosos ideales.

Non habemus regem nisi Caesarem, volvieron á repetir los políticos y los áulicos de los prin-

cipes; no queremos otra autoridad que la del rey, dijeron los enemigos del Papa; proclamamos y defendemos la supremacía del Poder civil, vienen diciendo las turbas constituidas por los políticos, por la plebe, por los señores, los escribas y fariseos modernos, entre los que no faltan los doctores y los levitas, sin darse cuenta de que en estos tiempos, como la primera vez que sonaron esas palabras, fueron puestas en circulación por la Sinagoga para pedir la Crucifixión y la muerte del Justo.

## No quieras tocarme.

"Noli me tangere."

(San Juan).

Existe en el texto evangélico de la Resurrección del Señor una frase que siempre me ha causado admiración profunda.

renta días sobre la tierra, tiempo tendría para tributarle aquel obsequio. Pero tampoco esta solución satisfice; no da razón suficiente del imperioso mandato de Jesucristo, ni explica su diferencia de conducta.

Según otros, el estado especial en los primeros momentos de resucitado, sus heridas aún recientes, la novedad de su transformación de alguna manera inmaterial, no toleraban aquel contacto que hubiera podido impedir la pronta y perfecta transformación.... Pero esto, si no es ridículo, entraña el olvido ó el desconocimiento de los términos del dogma de la Resurrección de Cristo. ¿Podía haber alguna causa capaz de estorbarla en su esencia ó en su forma?

La solución digna y generalmente adoptada por los más graves intérpretes es la que sigue: María Magdalena, en la exaltación de su júbilo, creyó que una vez recuperado su adorable Maestro, le había de poseer y gozar de su presencia sin limitación alguna. Arrebataada de una fe ardiente, quiso gozar enseguida de todas las consecuencias de ella. Como la esposa del Cantar de los Cantares dice: Ya he encontrado al que mi corazón desea. Nunca más le perderé. Jesús protesta contra el deseo de poseerle inmediata y totalmente, por excesivo y extemporáneo.

Parece decir á María Magdalena: No ha llegado aún la hora de la perfecta felicidad á que aspiras. Todavía no he subido á mi

padre. El nuevo orden de cosas que fundo no se cumplirá plenamente hasta que, volviendo á la gloria que mis trabajos y mi Cruz merecieron, inaugure el eterno abrazo con los elegidos. Pero ese abrazo hay que trabajar para merecerle. Renuncia al ideal de la felicidad consumada aquí en la tierra. Trabaja como mis Apóstoles en la obra del reino. Sé Apóstol. Vete á buscar á mis hermanos, anunciándoles que yo estoy para volver á mi Padre, que es vuestro Padre; á mi Dios, que es el Dios vuestro.

Por otra parte, Jesús permite á los suyos cuanto necesitan para afirmarse en la fe. Hé ahí por qué autoriza á las Santas Mujeres, é induce á los Apóstoles, sobre todo á Tomás, á que con respetuosa libertad le toquen y se convezan de que ha resucitado.

María Magdalena, que no duda, no ha menester de estas pruebas; necesita, por el contrario, desilusionarse de ese falso ideal de felicidad plena, conseguida con la sola fe en Cristo.

El cual, ni consintió con la Magdalena, ni dentro de la economía doctrinal de la Religión salvadora, sellada con la resurrección gloriosa, consiente que pueda deducirse del hecho de tener fe, el derecho á gozar del Cielo. Hacen falta la fe y las obras.

Noli me tangere, nondum enim ascendi ad Patrem meum.

Juan Pablo López.

## ¿Sueño, ó realidad?

"Fulget Crucis mysterium."

Detrás de las montañas que estaban á mi derecha, acababa de hundirse el sol, dejando señalado su paso por nubes incandescentes que flotaban sobre un mar de sangre.

En las hondonadas lejanas comenzaban á prenderse las primeras gasas de la noche.

Los árboles de la vega levantaban sus brazos que todavía la primavera no había vestido, en actitud de perenne súplica. ¿No era, por ventura una plegaria el murmullo de la brisa entre las menudas ramas?

En frente, escalonadas á manera de anitea-



Y los Poderes públicos débiles y cobardes, al estilo de Pilatos, permiten y consienten los denuestos é injurias de plebeyos y sayones que osan poner su mano inmunda y grosera en el rostro mismo de la Majestad más augusta y venerable de la tierra; pero así como se derrumbaron los solios ocupados por aquellos Césares cuyo poder y soberanía sirvió de pretexto para consumir el criminal deicidio, caerán también y para siempre los ocupados por los Césares modernos, á cuya sombra se cometen los despojos y se maltrata sin piedad al representante del Cielo.

Ni entonces ni ahora hay causa para prorumpir en alaridos de indignación simulada contra supuestas intromisiones del Poder espiritual en el Gobierno de los pueblos; ni Cristo se arrogó la realza civil, aunque hubiera podido hacerlo; ni la Iglesia faltó jamás á la línea de conducta que Él la trazó con sus palabras: Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Pero la emulación de las ambiciones, el putredo osium que atormenta á los modernos escribas del judaísmo masónico, que no puede ver con paciencia el progreso constante del triunfo del Galileo, de su ley purificadora y de su Institución, tesorería del Evangelio, clava sus garras en ésta, discutiéndola ó negándola los derechos de la soberanía sobre las almas, bajo pretexto de que se inmiscuye en las ordenaciones de fin temporal y bienestar de los cuerpos.

¿En qué mermó Cristo el poder del César? ¿En qué cercena la Iglesia la supremacía civil, y dónde están las intromisiones? ¿Se quiere lema para una bandera de seducción de las turbas? Ahí está; seguid combatiendo á Cristo y al Papa; arrastrad con el oro ó con el engaño á la plebe ignara y contentad á la Sinagoga con cintas y haberes. No faltará nunca al Papa la asistencia de Cristo, y Cristo es piedra angular que aniquilará á cualquiera sobre quien caiga y hará polvo á quien con ella choque.

Y no se olvide esta expresión formidable: Qui me tradidit tibi majus peccatum habet. Almodóvar.



En el instante en que María Magdalena, dulcemente impresionada por la voz de su Maestro, que la anuncia su resurrección gloriosa, se arroja á sus pies para abrazarlos, Jesús, con una palabra y con un gesto, la detiene á respetuosa distancia: «No quieras tocarme.»

He ahí la expresión que me admira y que ha ejercitado siempre el ingenio de los intérpretes y comentadores. ¿Cómo explicar esta reserva, esta severidad del Salvador para con aquella mujer, honrada por él con la primera de sus apariciones auténticas, no obstante que permite poco después á las otras Santas Mujeres la misma familiaridad respetuosa, y que, al aparecer en el Cenáculo á los Apóstoles, les invita é impelle á que se cercioren de que realmente está en medio de ellos, y, por último, que, á fin de convencer al incrédulo Tomás, le autoriza para tocar sus cicatrices de pies, manos y costado? ¿Por qué motivo María Magdalena es la única no admitida á repetida familiaridad piadosa?

Algunos intérpretes han propuesto una solución absolutamente inaceptable: Una falta, un error, un descuido de los primeros que copiaron los Evangelios, ha introducido esta modificación en el texto. Solución inaceptable, repito, porque la Iglesia infalible, que nos garantiza la autenticidad de los textos, sobre todo tratándose de palabras de Nuestro Señor Jesucristo y en circunstancias sumamente delicadas, no ha podido patrocinarla ni mantenerla.

Otros han creído que María Magdalena, dudando de lo que sus ojos la testimoniaban, había pretendido cerciorarse con este abrazo de que no tenía delante un fantasma, y que las palabras del Salvador la rependieron por su incredulidad. Esta solución es injuriosa á la fe de Magdalena, cuyo entusiasmo se desborda y respaldece en la espontaneidad de su exclamación. ¡Maestro!

Otros han dicho que Jesús quería darle á entender que su ardor por acercarse á Él era excesivo; que habiendo de quedarse todavía cua-

tro, las casas de la ciudad, menudas, apretadas, semejando aún el aspecto de esas ciudades de Oriente donde parece conservarse el perfume de los tiempos patriarcales; y sobre la ciudad, severo, imponente como un guerrero de la edad media, majestuoso como un rey de la España de otros tiempos, con sus ecos de armas, con sus recuerdos de guerras, el alcázar, cuyas torres, más tenaces que el tiempo y los incendios, se levantan todavía como un símbolo y como una memoria.

Hacia el lado de Oriente, montañas rocosas, que ofrecen el aspecto de un monumento construido por brazos gigantes a la memoria de los que allí murieron en guerras á veces sagradas y á veces fratricidas.

Una misma nube cobijaba al Castillo de San Servando y á la Cruz que en días no muy remotos erigieron manos piadosas: el Castillo, símbolo de la fuerza; la Cruz, símbolo del amor y del sacrificio.

\*\*

Yo contemplaba el grandioso espectáculo en muda admiración estática.

Pero, entre todo, lo que más me impresionaba, eran esos edificios que se alzan altos sobre la ciudad, defendiéndola con un gesto protector.

En esos edificios está la clave de las grandezas de la imperial ciudad.

Toledo, sin sus Basílicas visigóticas, sin sus Templos mudéjares, sin su gótica Catedral.... no sería Toledo.

¡Qué días aquellos! Unos hombres vestidos con amplias túnicas, de afeitado rostro, sin otro programa que vivir para gozar, dominaban en la *urbs*, paseaban en su foro, se divertían en su anfiteatro. ¿Y la Cruz? La Cruz era entonces signo de ignominia y tormento de vulgares malhechores. Para el culto bastaba un reducido templo que servía de asilo á un dios de palo.... hasta que un hombre desconocido, á quien la tradición llama Eugenio, reunió á otros hombres, desconocidos también.... ¿Quién era aquel Cristo de quien hablaban? Judío, crucificado en Jerusalén, resucitado de entre los muertos.... Quizás alguna de tantas religiones nuevas como entonces se propagaban por el Imperio.

¿Qué veo? Hombres vestidos con pieles de animales, de mirar centelleante, con bruñida espada en la mano y agudas flechas en su carcaj. Pero al ver la Cruz, olvidan su fiereza, se arrodillan, se civilizan y sobre la corona de sus Reyes colocan el símbolo de nuestra redención.

Allá por el Estrecho penetran hordas africanas. Vienen ginetes en caballos ligeros como el viento. Ruinas, sangre, destrucción. Y la Cruz ¿dónde está? Convirtiéndose en media luna. ¿Y las Basílicas toledanas? Trocadas están en Mezquitas. Pero esto fué sólo un paréntesis, aunque paréntesis de tres siglos.

De tierras de León ha venido un Monarca.... Cristo de la Luz, Santiago del Arrabal, Templos mudéjares, levanta al Cielo vuestras torres. La piqueta no osará abrir brecha en vuestros muros. Nueve siglos pasarán, y todavía hablaréis de las piadosas generaciones que os edificaron.

\*\*

En obra de un instante habíase paseado mi fantasía por muchos siglos.

La luna había comenzado entre tanto á derramar sus luces mortecinas envolviendo á la ciudad en una atmósfera de polvo argentino, y prestando mayor realce á los edificios, entre los cuales se divisaban innumerables luces, semejantes á estrellas caídas del cielo ó á un enjambre de luciérnagas vagantes por las pendientes de una montaña.

Sumido en un ambiente de paz crepuscular, sentí que mis ojos quedaban paulatinamente inmóviles, mis párpados caían como dos cortinas, y mis oídos solamente percibían como un rumor de música lejána: estrépitos de carros, cantar de muchachos, grito de los transeúntes, chirriar de cigarras....

No era aquello propiamente un sueño: era uno de esos estados en que el alma, como si lograra desligarse del cuerpo, se repliega sobre sí misma, pierde toda idea de tiempo y de espacio, y junta y confunde en un solo cuadro lo que ve y lo que ha visto, la realidad presente y los recuerdos del pasado, formando esos castillos aéreos, esos ensueños de dicha que por un instante depositan en nuestras manos la copa de la felicidad, para que luego, al volver á flor de tierra, exclamemos con tris-

teza: «¿por qué no será la vida tan bella como la soñamos?»

Ello es que mi memoria—si soñando, no lo sé; si despierto, lo ignoro—comenzó á combinar caprichosos fantasmas.

Pero ¡cosa rara! la Cruz era siempre el leit-motiv de mis divagaciones.

Por entre las calles sombrías ví adelantarse hombres que, piqueta en mano, socavaban los cimientos de las Iglesias.

Vestían luengas túnicas de airoso pliegue; pero de pronto, por no sé qué magia, los veía vestidos con turbantes, mientras que otras veces creía reconocer en algunos rostros ciertas fotografías que yo había visto en los periódicos.

Rosario en una mano, la tea en la otra, y el gorro frigio en la cabeza!

Otros, sin valor para tanto, huían mientras que otros lloraban dentro de sus casas.

Entre tanto la destrucción continuaba. Ya no recortaban sobre el cielo sus siluetas las torres de nuestros Templos. Ya no quedaban cruces. Adelante, adelante. Arranquemos todos los Crucifijos que aún quedan en las Escuelas, en las Cárceles, en los Tribunales, en las casas, registremos á todos los Sacerdotes, que no quede ni una Cruz.

¿No es una Cruz aquello que se ve sobre los cerros? Su vista nos estorba. Arranquemosla de allí.

desgajan... los enemigos de la Cruz huyen... chocan unos con otros, caen á tierra, son arrastrados por los peñascos....

En los cielos repercuten sordos rumores. ¿Truenos? ¿Carros de Guerra? ¿Cascadas se precipitan? Cada vez se acercan más. La tierra se conmueve. Los edificios vacilan.... Miradle, Millares de ángeles con espadas flameantes, millones de mártires y de santos le rodean. ¡Temblad los que habéis sido sus enemigos! Sus ojos brillan como dos carbunclos en medio de la oscuridad.

Sus palabras penetran hasta los abismos. ¿No leéis el letrero que lleva en la orla de su vestido? *Rey de Reyes y Señor de los que dominan.*

Y la Cruz seguía levantando sus brazos al cielo.

Un coro de mártires descendiendo, y en copas de oro recoge la sangre de sus hermanos, los que han muerto abrazados á la Cruz.

¿Qué fué de los insultadores y de los blasfemos? No importa que se escondan. En los abismos los llamará aquella voz que hasta los abismos desciende.

Ya comparecen, como fieras á quienes el cazador arroja de sus guaridas, aullando de desesperación; mientras que la Cruz, despidiendo fulgores, como si de diamante fuesen, emprende majestuosa el vuelo hacia las nubes, que la forman magnífico dosel, y los que al pie de la Cruz murieron, ya resucitados, juntamente con los ángeles, los confesores, los mártires, las vírgenes, acompañando al Cordero que se sienta sobre el trono, se alejan cantando con inefable melodía:

*Vexilla Regis prodeunt  
Fulget Crucis mysterium  
Qua vita mortem pertulit  
Et morte vitam protulit*

¿No habéis dicho, impíos de todos los siglos, que vosotros venceríais?

Cuando desperté, las luces continuaban trazando irregulares figuras repartidas por las encrucijadas de la ciudad. La luna continuaba paseándose tristemente por las bóvedas del cielo. A su luz, pude ver que las cruces coronaban todavía las Iglesias.

Pero no pude menos de pensar tristemente que en mi sueño había algo, quizás mucho, que no era ilusión, y que de los caprichos de mi fantasa quedaba puesta en claro esta sentencia: Incurren en grandísima responsabilidad los católicos que, al escuchar por todas partes el grito de: «guerra á la Cruz», se encierran en sus casas, y juntando sus manos en actitud suplicante, elevan al cielo sus miradas beatíficas, como si Dios nos hubiera de dar la victoria antes de entrar en el combate y hubiera de poner sobre nuestras sienes la corona del triunfo sin que antes recogiésemos nosotros las flores de que esa corona está formada: las sangrientas flores del Calvario.

A. del Espinadal.

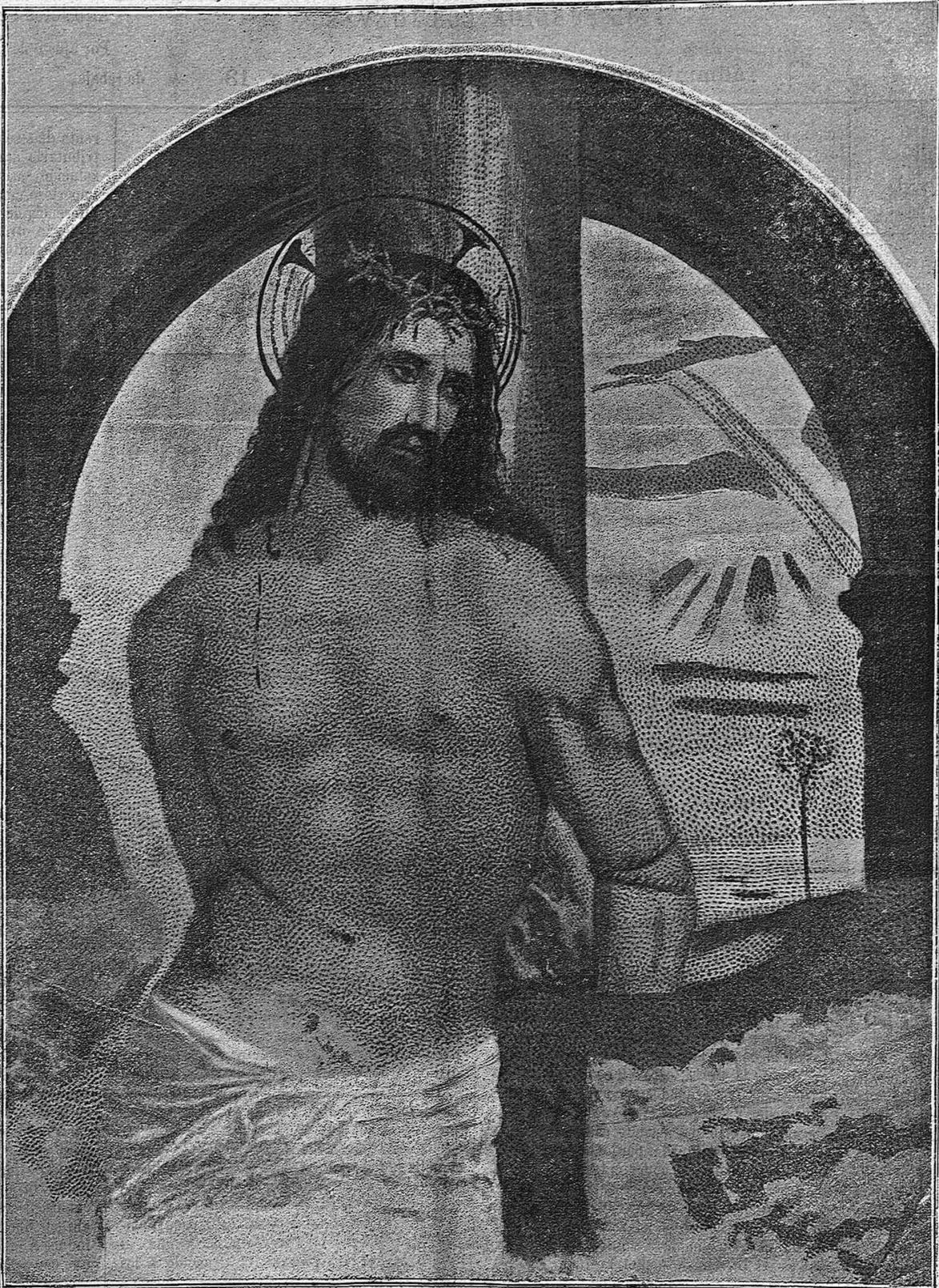


“Y fué su sudor, como gotas de sangre, que corría hasta la tierra.”

S. Luc., cap. XXII, v. 44.

Quisiera yo hacer un artículo fisiológico-moral acerca de las palabras que he puesto por epígrafe, pero un artículo que mereciera la pena de ser leído con algún aprovechamiento. Mas la escasa competencia de mi parte y aún más la incomprendibilidad del asunto, ó sea meditar la intensidad del dolor que debió atormentar á nuestro Salvador Divino hasta hacerle sudar sangre, me lo impide, y he de contentarme con llegar á lo que pueda. No descenderé á minuciosidades en el examen de la constitución anatómica del hombre que, siendo tantas y tan admirables, forman de él un casi misterio inaccesible á los esfuerzos gastados en arrancar tanto secreto como se encierra en su complicado organismo. Voy derecho á la meditación de lo propuesto, aunque no por eso deje de recoger al paso lo que la ciencia de los hombres me valga para aumentar el fruto.

Dice la experiencia que en estado normal tiene el hombre, por término medio, una temperatura de 37° centígrados, la cual puede variar algunos grados por razón de las circunstancias. Con el fin de que el cuerpo humano conserve siempre el mismo calórico, le dotó la naturaleza de medios que retengan el equilibrio entre su producción y su pérdida; y uno de



¡Periódicos! Sí, también los ví entre aquella muchedumbre de romanos, moros y españoles del siglo XX. Algunos no llevaban otra arma que periódicos. Apretujábanlos en forma de proyectiles y los arrojaban contra los Templos del Señor, en los cuales producían destrozos inmensos.

Sobre la gritería infernal de las turbas oíanse perfectamente voces que decían. *El Imparcial, El Liberal, El Heraldo, España Nueva*.... Por todas partes vendedores de periódicos con su enojosa cantinela.

Atando entonces ideas que desde hace muchos años dormían en los sótanos de mi memoria, me acordé de un antiguo compañero mío. ¡Pobre José! Aún recuerdo el día en que, improvisando en la clase de literatura sobre este tema: «Los vendedores de periódicos», comenzaba en tono apocalíptico: «La sociedad se derrumba, los cimientos del orden social flaquean, el mundo va á reducirse al caos.... y todo, señores, por los vendedores de periódicos. Sin vendedores, no habría compradores; sin compradores, no habría dinero; sin dinero, no habría máquinas; sin máquinas, no habría periódicos....»

Y otra vez la pesadilla de la Cruz volvió á atormentarme. Apenas quedaban ya Iglesias. El Alcázar mismo iba á venirse á tierra, mientras que la turba gritaba: ¡Abajo el Ejército! ¡Abajo la Cruz!

¡Horror de horrores! Entre los que gritaban conocí á algunos á quienes yo había visto el día anterior en la Iglesia. ¿Estaban locos? ¡El

Mirad, mirad cómo corren, y suben la pendiente. ¿Quién los contará? Uno, diez, ciento, mil, diez mil, la inmensa mayoría de la ciudad...

¿No me engaño? Oyense gritos. Por la pendiente opuesta avanza un grupo. ¡Qué pocos, pero qué valientes! Llevan un estandarte en que campea la Cruz. ¡Viva la Cruz! ¡Viva Cristo-Rey! ¡Viva la Iglesia!

Qué dulces resnenan sus cánticos entre el grito satánico de los enemigos de la Cruz:

—*Vexilla Regis prodeunt*....  
—*El Imparcial, El Liberal, El Heraldo*....  
—*Fulget Crucis mysterium*....  
—¡Guerra á los Curas! ¡Abajo la Cruz!  
—*Qua vita mortem pertulit*....

Corre, corre, sangre generosa. Regadas están esas montañas con sangre de héroes, ahora lo serán con sangre de mártires.

Los hijos de la Cruz, abrazados al madero santo, son sacrificados; pero reciben todavía la sombra bienhechora de sagrado símbolo, que continúa en pie, extendiendo sus brazos, como las alas del amor sobre aquellos que han muerto. ¡Bienaventurados los que han muerto en el Señor!

¿Cuántos quedan del ejército de los buenos? Mil, quinientos, doscientos, ciento, cincuenta.... uno sólo, el que lleva la bandera....

Nubes radiantes aparecen sobre la Cruz. Parecen hechas de fuego y de sangre. Llamadas inmensas se levantan hasta el cielo. Escúchense ruidos atronadores... los peñascos se

ellos, para desalojar el calor excesivo, es el sudor. Es decir, que el sudor es un recurso de la economía animal, para conservarse constantemente con el mismo número de calorías si por razón del medio en que viven lo requiere así el organismo para gozar de salud.

Entre las causas determinantes del sudor están el trabajo mecánico, las bebidas estimulantes, la risa ó el llanto y la causa que la produce, á saber: el gozo y el dolor, el placer y la tristeza, que fué, entre otras, la causa del sudor de sangre padecido por nuestro Señor Jesucristo.

Celebrada la última cena, se retiró nuestro Señor al huerto de Gethsemani, en donde principió su Pasión, y aunque se dijera que se consumó, nada se diría de más; pues si bien es verdad que los padecimientos y tormentos físicos no tuvieron lugar hasta después que se verificó el prendimiento en la misma finca y en la misma noche, también lo es que, separado de sus discípulos y puesto en oración, sufrió tanto viendo en perspectiva las injurias, los denuestos y toda clase de vilipendios de que había de ser objeto por parte de aquellas turbas que, acongojado y oprimido su corazón por el peso de las penalidades que tan cercanas tenía, la sangre, sin poderse contener dentro de las venas, atravesó sus paredes y, mezclada con el sudor ordinario, salió al exterior en forma de gotas, y esto pudo ocasionarle la muerte.

Mucho se ha dicho acerca de este pasaje de San Lucas, hasta llegarle á considerar como apócrifo; pero admitido el hecho, la divergencia de pareceres está en si el sudor de sangre que refiere el Evangelista fué natural ó milagroso. De toda autoridad carezco, no solo para fallar el pleito, sino también para dar fuerza alguna á cualquiera de las dos sentencias y, sin embargo, me atrevo á decir que ese fenómeno pudo ser perfectamente natural. Multitud de fisiólogos lo han declarado así, y de ellos no se podrá decir que fueran desconocedores del organismo humano; y aunque no hayan sido muy frecuentes, tampoco han faltado ejemplos de esta clase. Maldonado refiere que, en París, un hombre de constitución sana y robusta, habiendo oído la sentencia de muerte que sobre sí había recaído, sufrió un copioso sudor sanguíneo. Por otra parte, aunque ningún caso se hubiera dado, no por esto dejaría de ser verdad el hecho referido por San Lucas, porque siendo Jesucristo el hombre más perfecto, el de mejor constitución y el más sensible en el orden puramente fisiológico, y esclarecido su entendimiento por la luz divina que dentro de su personalidad llevaba, viendo con toda clase de detalles la Pasión y Muerte que tan próximas tenía, y más que nada los pecados innumerables de los hombres, que eran la causa de todas sus aficciones, no fué preciso el milagro para que sobreviniera el sudor sanguíneo relatado por San Lucas.

Que sea un hecho extraordinario, tampoco se puede poner en tela de juicio, pero... ¿no fué extraordinaria la delicadeza corporal de nuestro Divino Salvador, en el mero hecho de ser el cuerpo más perfecto que ha pisado la tierra?, y ¿no es la sensibilidad la característica de la vida animal y por tanto de la humana en su componente orgánico?, y ¿no es el sistema nervioso el principal entre todos y el primer resorte que toca el alma en su correspondencia con el cuerpo, cuando sobre él quiere ejercer alguna influencia? Por otra parte, ¿se le ha de negar á Jesucristo el dominio que su soberana razón tenía sobre el cuerpo, siendo así que voluntariamente recibió el miedo de la Pasión y Muerte, miedo que le hizo acongojarse y exprimir su corazón hasta hacer que brotaran por los poros de su cuerpo las gotas de sangre?

Dios de Dios, alma excepcional, inmune de quebrantos originales, cuerpo formado por el impulso celestial del Espíritu divino, á presencia de la odiosidad del pecado ajeno cuya reedición tomaba *quia ipse voluit*, sobre sus hombros, la lucha inevitable de su voluntad para imponerse á la naturaleza humana que había de soportar inmediatamente los tormentos. no pudo realizarse sin fatigas crueles que oprimiendo el corazón, le hicieran despedir la sangre del centro á la periferia con violencia capaz de producir el sudor sanguíneo.

No debe pasarse en silencio la circunstancia del lugar en que se verificó el fenómeno que nos ocupa. Tuvo éste su realización en Gethsemani, que era un huerto situado en la falda del monte de las Olivas, y si hemos de atender á la etimología de esta palabra que, en opinión de muchos, significa *prueba de aceite*, hay que convenir en que hasta el lugar en que se verificó el sudor da á entender que Jesucristo exprimió su corazón en fuerza del dolor y penas de su alma santísima, á la manera que las aceitunas se expriman en el molino que allí habría; dolor y penas que, reaccionando sobre aquel sacratísimo cuerpo, le obligaron á derramar su preciosísima sangre, que ya tenía ofrecida en aquella prolífica oración á su eterno Padre, por la salvación del género humano.

Lo que ahora importa es que sangre tan preciosa no se pierda en ninguno de los mortales y todos nos aprovechemos del fruto de tanta tristeza como padeció nuestro adorable Redentor en la Oración del Huerto.

F. Fernández García.

## El beso de Judas.

Una de las prácticas de piedad á que con más relativa frecuencia solía entregarse el insigne Pío IX, era el visitar la pequeña Capilla que en Roma se conoce con el nombre de *Scala Santa*.

Sabido es que, según la tradición, la notable escalera compuesta de preciosos mármoles, que unía la planta inferior y superior en el suntuoso Palacio habitado por el Procurador Romano, fué trasladada á la Ciudad Eterna por la devoción de los Papas. Estos influyeron de tal suerte con su ejemplo en el ánimo de los fieles hacia esta veneranda reliquia, que poco á poco se introdujo en el pueblo cristiano la laudable y piadosa costumbre de subir de rodillas las veintiocho gradas de que se compone, como si nadie se atreviera á posar sus pecadoras

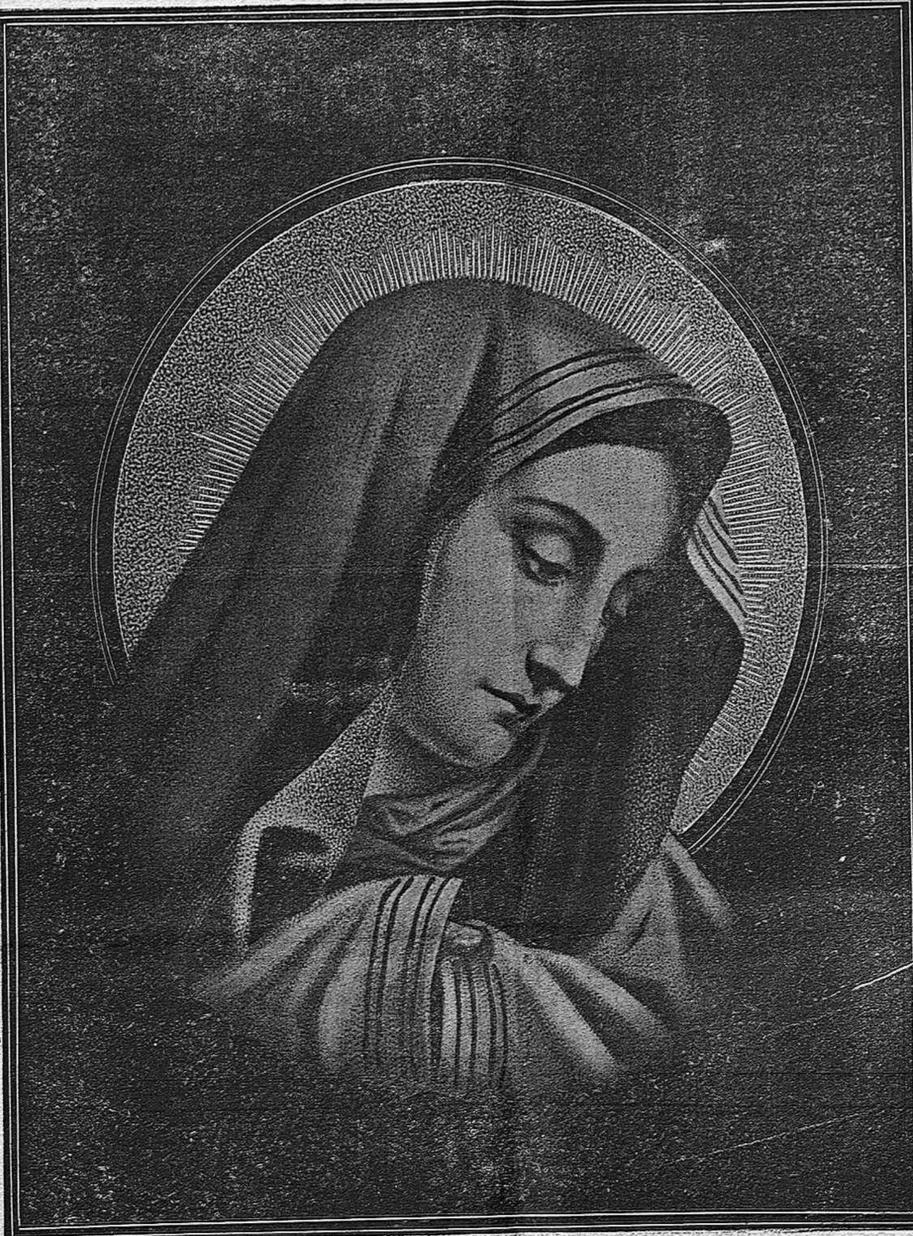
vidrio quebrado le sirve de tropiezo en su triunfal carrera.

El artista nos presenta la siniestra figura de Judas en el crítico momento en que éste va levantando y recogiendo poco á poco la vista del suelo y procura, á la vez, erguir su mediocre figura para poder estampar en las sonrojadas mejillas del buen Jesús el ósculo alevoso que en vano pretende hacer pasar por signo y ostentación de paz.

Pero no es en la imagen de Judas donde tiene la originalidad y por ende uno de los mayores méritos nuestra escultura.

Yo la encuentro en la figura contraria, en la estatua del Señor.

Aparece, en efecto, en ella nuestro Divino Salvador, como lo que realmente era, como el más hermoso entre los nacidos de los hombres. Una mirada dulce y tranquila, que con su placidez arrebató los corazones; la modesta altivez, lo airoso y gentil de la figura, el conjunto todo



plantas allí, donde nuestro Divino Salvador tantas veces posó las suyas, en los días acerbos de su Pasión. Y tanta extensión é incremento llegó á alcanzar esta devoción, que fué preciso revestir de finas maderas los preciosos mármoles santificados y regados un día con la sangre de nuestro adorable y buen Jesús, para que, con el continuo desgaste, no se perdiera la huella que en ellos dejara la suave planta del Señor.

No es, pues, extraño que el Pontífice de la Pasión, como se ha dado en llamar á Pío IX, sintiera tanto consuelo con esta santa reliquia y se entretuviera en visitarla días antes de recluirse en el Vaticano, cuando ya las tropas italianísimas habían puesto sitio á la ciudad de los Papas.

En la actualidad, debido á la generosidad y munificencia del mismo gran Pontífice, podemos admirar, en este pequeño Templo, tres grupos escultóricos que gozan de merecida fama y universal renombre entre los artistas del mundo entero. Son obra del insigne Jaconetti.

Uno de ellos, representa aquella escena de la Pasión en que, el discípulo traidor, con falso ósculo, entrega á su Divino Maestro.

La figura de ambos personajes está magistralmente, genialmente dibujada.

El traidor, aparentando en su porte un perfecto dominio y tranquilidad de ánimo, á que hacen traición una mirada torva y algún tanto indecisa, parece que, después de realizar un supremo esfuerzo y como momentáneo triunfo en la titánica lucha consigo entablada, ha osado en un momento de loca arrogancia dirigir veloz y rápida, disparada cual flecha, la vista hacia el Señor, pero súbitamente ha tenido que cambiar de dirección y clavar en tierra la mirada, no pudiendo resistir el torrente de luz y claridad de que se ha visto inundada al cruzarla sólo por un instante con la de su Divina víctima, al modo que se esparce y derrama en múltiples y opuestas direcciones el apretado haz de luz cuando el pequeño obstáculo de un

majestuoso y digno, indican, desde luego, que tal persona no es humana, sino divina.

Hay un detalle, empero, sobre el que conviene fijar nuestra atención.

Además de la profunda tristeza que, sin perturbación alguna, se refleja en el celestial semblante de nuestro amoroso Salvador, éste, con un noble y tranquilo ademán, parece querer apartar de sí y repeler al infame traidor, á la vez que con todo sosiego, pausadamente, sin señal alguna de turbación ó espanto y menos de enojo ó ira, da un paso atrás, se desvía y parece sustraerse al alcance del que le entregaba en poder de las turbas.

La primera impresión que produce el presentar al benignísimo Jesús en semejante actitud, quizá sea de sorpresa. Tal vez nos extrañe el ver que nuestro Divino Salvador, que había propuesto la parábola del Hijo Prodigio; que había consentido que la Magdalena se acercara á Él, ungiera con nardo y enjugara con los cabellos sus divinos pies; que en el mismo lecho de la Cruz había dado cabida en su ánimo al noble sentimiento del perdón, otorgándole generosamente al buen ladrón y excusando delante del Padre á aquellos que tales tormentos le acarreaban, y en el acto de serle inferido; ¿cómo es posible que alguien que sepa que la venida de Dios á este mundo no tuvo más causa que su voluntad de salvar á los pecadores, se haya atrevido á presentar á Este mansísimo cordero en actitud de repeler, siquiera sea noblemente, á ninguno, aún al más infame, vil y abyecto de los hombres?

Sin embargo, el insigne artista estuvo acertado. Sólo en un raptó de inspiración pudo concebir tan feliz idea.

Porque á más de la negra ingratitud que la acción de Judas entrañaba; del continuo desoir los amorosos requerimientos, silbos y alabadas con que el buen Jesús llamaba á las puertas siempre cerradas de aquel corazón empedernido; á pesar de que el Divino Maestro le había dado á entender tantas veces que es-

taba en el secreto de sus abominables maquinaciones, tiene la incomparable osadía de consumir su iniquidad sirviéndose de la más refinada hipocresía: el ósculo de paz, que era signo de amistad, la más profunda y sincera, y fórmula de salutación que solamente empleaban aquellos que mutuamente se profesaban muy singular amor y cariño, es la señal con que el antiguo compañero y discípulo de Jesús le entrega en manos de sus crueles y encarnizados perseguidores.

\*\*

Sólo el que haya sido objeto de alguna de esas caricias, que son más bien despiadados latigazos y que lastiman más que la mano descarnada y dura que con crueldad y sin piedad alguna hiere nuestras mejillas, podrá apreciar el vivo é intenso dolor de nuestro Dios al ver maculado su apacible rostro y sentir en su divina faz el contacto de los labios del alevoso Judas.

Pero hay otra razón más poderosa y á mi entender decisiva para presentar á Cristo en ademán de repeler al infiel discípulo y amigo; y es que éste acababa de cometer el gran pecado de la primera Comunión sacrilega.

Paniagua.



## La Cruz, escuela de la verdad.

*Mirad, hombres, del Gólgota á la cumbre, mirad cómo se eleva sobre la roca, presidiendo al mundo, del Cristianismo la gloriosa enseña.*

*Há casi veinte siglos que el Maestro, pendiente de la Cruz, allí muriera, y allí la Cruz, perenne, rechazando el empuje soberbio de la ciencia falaz y engañadora, que proclama como único Dios á la Materia, á través de los tiempos y el espacio, poderosa, invencible, sigue enhiesta, el Faro siendo que ilumina al mundo, de la ETERNA VERDAD siendo la ESCUELA....*

*Erigido el Error en Soberano por todo el Orbe su dominio asienta, y, cínico, al humano entendimiento amarra del esclavo á la cadena.... Torpe la Humanidad por el abismo insondable, que abrió la falsa Ciencia, como un reptil se arrastra, sin norte que la guíe en las tinieblas, que la envuelven cual funebre sudario, y hasta su fondo moribunda rueda.... Pero.... ¿habrá de morir?... No, no; levanta, levanta, Humanidad, que ya resuena la hora que el Eterno ha señalado para vencer la muerte que te cerca.... Levanta, Humanidad, abre tus ojos, sacude al punto tu fatal inercia, que ya la Luz divina de lo alto radiante viene á iluminar la tierra, nuevo Sol, que destruye para siempre ese caos, en que yaces, de tinieblas. Levanta, Humanidad, vuelve á la vida, ¡Humanidad, Humanidad, despierta!...*

*Y mientras ruge Satanás soberbio, Padre de la Mentira, en sus cavernas.... á un HOMBRE otro hombre le interroga, en lucha puesto con su duda negra: —¿Qué es la verdad?... Responde: ¿por ventura no es la verdad un sueño, una quimera?... Y alzado el Otro su divina frente, —Si buscas la Verdad: ¡Yo soy!—contesta.... De asombro el Mundo, entre temor mezclado, llenóse al escuchar esta respuesta; pero, necio, á aceptarla se resiste, obstinado, á la Luz los ojos cierra, y á este... HOMBRE, que alecciona al mundo, á morir en la Cruz se le condena....*

*Y era CRISTO este HOMBRE, y el mismo HIJO del ETERNO era, DIOS uno con el PADRE, y como el PADRE la VERDAD eterna, y la Luz soberana que ilumina á todo hombre que á la tierra venga....*

*Repara, Humanidad, en el Calvario, clavado ya en la Cruz, cómo te enseña el Doctor y Maestro de los siglos la única Doctrina verdadera.*

*Escúchala, si quieres salir de las tinieblas en que te envuelve la Mentira insana....*

*¿Todavía te resistes? ¿Aún te niegas?... Pues ¡no importa!... La Luz resplandeciente de la Verdad suprema*

*llenará, á tu pesar, todos los ámbitos de la terrestre esfera,*

*y hundirá para siempre el paganismo en el sepulcro de la Historia vieja; confundirá, uno á uno, los errores de los sabios filósofos de Grecia;*

*y la erguida cerviz dominadora humillará de Roma, la soberbia, al tiempo que los Mártires á Cristo, ante los jueces, como Dios confiesan*

*y destrozan sus carnes los leones y las ciudades con su sangre riegan....*

*Y surgirán después los pseudosabios, portaestandartes de la Ciencia nueva,*

pretendiendo anular la soberana Verdad, que de la Cruz al mundo llega...  
 Lutero, el gran falsario,  
 Voltaire impío, que la calumnia enseña,  
 Rousseau, que, cual se cambia de camisa,  
 cambia de religión y de creencias;  
 Proudhon, que quiere un pueblo de ladrones;  
 Darwin, que al hombre le convierte en bestia;  
 Mirabeau, el... anarquista;  
 Renán, que, sin quererlo, á Dios confiesa;  
 Moleschott pretendiendo el mundo todo  
 envenenar con su doctrina atea...

Pero firme la Cruz sigue en su roca  
 y la augusta Verdad, que brota de ella  
 derramará los troncos de estos... sabios,  
 huirán á su paso las tinieblas,  
 y, como ensueños de fantasmas vanos,  
 pasarán los absurdos de su ciencia...

Ahora mismo en los Templos de las Leyes  
 se escuchará, asquerosa, la blasfemia  
 y buscarán impíos gobernantes,  
 con Lerroux y Soriano y Pablo Iglesias,  
 el modo de volar hasta el cimero  
 de la por Cristo establecida Iglesia...  
 ¡Infelices! Allí sobre la roca  
 del Calvario la Cruz sigue impertérrita,  
 y han de ver estrellarse sin remedio  
 su rencor, impotente, contra ella...

Levanta, Humanidad, vamos, levanta...  
 ¡Humanidad, Humanidad, despierta!...  
 Mira cómo en la cumbre  
 del monte sigue enhiesta,  
 salvadora, la Cruz, en donde Cristo  
 ha puesto tu salud y tu grandeza,  
 el Faro siendo, que ilumina al Mundo,  
 de la ETERNA VERDAD siendo la ESCUELA.

Elier de Leyva.

Semana Santa de 1911.

## Entre dos ladrones.

Si hay algo comprometido y bochornoso para un articulista de periódico, es tener que escribir sobre alguna escena triste de *Semana Santa*. De lo sublime á lo ridículo—dicen los peritos en el arte trágico—sólo hay un paso y bastante corto. Yo me atrevo á afirmar que á un artículo periodístico con ribetes de Sermón cuaresmal pueden aplicarse en justicia los dos calificativos.

No es, pues, mi intento resquebrajar de dolor vuestros corazones cristianos. Ni mucho menos, dado el ambiente triste y sombrío que en estos días respiramos, pretendo presentaros un cuadro festivo con marco de burlas volterianas. Vais á permitirme no obstante referiros, á guisa de preámbulo, un episodio histórico, ó cuando menos cuento tradicional en Andalucía, que como me lo contaron os lo cuento.

Diz que un andaluz de pura cepa, socarrón hasta la médula, se hallaba postrado en su lecho, merced á una gravísima enfermedad que le llevó al sepulcro.

Por lo que refieren las crónicas, tuvo un lucido intervalo en su período preagónico, y llamando á dos Notarios, mandó sentarse uno á cada lado de su cabecera. Extrañáronse los funcionarios públicos de que el paciente quisiera dar al acto tan inusitada solemnidad. Y el enfermo, que quería hacer testamento no tanto de su hacienda y fortuna cuanto de su sal ática y gracejo meridional, repuso al momento con sencillez picaresca:

«No os admiréis ustedes.... Quiero imitar á mi Zetó Jesucristo hasta el último instante de mi vía.... muriendo como Él.... entre dos ladrones.»

Comprendo que hay algo de irreverente en el cuentecillo y mucho más dadas las presentes circunstancias. Perdonad mi atrevimiento en gracia á lo oportuno del caso y, revistiéndonos de seriedad, apliquémonos el cuento andaluz.

Nuestro Divino Salvador expiró efectivamente entre dos malhechores.

Su inmaculada Esposa, la santa Iglesia católica, está revestida y compenetrada del espíritu de Cristo.

Es una imagen acabada de su Fundador. Por eso desde los albores de su existencia fué injustamente condenada á muerte.

Con la Cruz á cuestras viene recorriendo también ella su senda de amargura.

El ángel de las sombras ha enrarecido y emponzoñado el ambiente cristiano y ha conseguido formar dos ejércitos formidables de batalla.

Uno ya fué autor del drama sangriento del Calvario.

El pueblo maldito y anatematizado por la verdad crucificada.

El judaísmo errante por el mundo, disperso entre los hombres de todos los climas, de todas las razas, de todas las religiones.

Un día fué grande y heroico.

Fué un pueblo providencial. Hoy es un rey destronado, con el estigma de su abyección y desgracia clavado como un *Luri* en su frente deshonrada.

Hoy es una amalgama de usureros, que con la ayuda de vil metal pretenden escalar los troncos y arrancar á Cristo el cetro de las sociedades.

Sin duda han olvidado ya la sentencia divina con que Jesucristo pulverizó todas sus calumnias: «Mi reino no es de este mundo.» Mi cetro no es el del dinero y el de los poderes temporales.

«Mi reino—había dicho en otra ocasión— dentro de vosotros está.»

Y ese cetro de los corazones no podrá ser arrebatado de las manos de Cristo y de su representante en la tierra, Pontífice Sumo de su Esposa la Iglesia católica.

El otro ejército que defiende la causa de la iniquidad en el mundo, frente al ejército de Cristo, es una ramificación del primero.

Una conjunción híbrida de hombres de todos los países, pero que convienen en ser todos asalariados de las Bancas judías.

Una manida de reptiles que odian la luz y se ocultan en las sombras.

Allí maquinan sus planes satánicos, alumbrados únicamente por la lumbre fosfórica que despiden sus pasiones turbulentas.

Frente al estandarte de la genuina libertad, igualdad y fraternidad cristianas, enarbolan el pendón negruzco de la falsa libertad, igualdad y fraternidad diabólicas.

Con razón puede afirmarse que el diablo es la mona de Dios.

Y el engendro portentoso del infierno, la imagen y semejanza del espíritu de las tinieblas en el mundo, es la Masonería.

De ese enjambre de vampiros sociales podemos decir lo que del miedo suspicaz decía Núñez de Arce, que es

«... el más inmundo  
 de los tiranos que soporta el mundo.»

Pero es un usurpador y un tirano que va ensanchando á todas horas sus conquistas.

¡Ay de los tronos, el día que caigan por completo en su poder!

¡Ay de las instituciones! ¡Ay del orden social!

Entre estos facinerosos, entre estos dos ladrones, va subiendo la Iglesia católica, con su cruz á cuestras, el áspero sendero de su calvario.

No sabemos si tardará mucho en llegar á la abrupta cumbre.

Lo que sí podemos asegurar, sin temor á equivocarnos, es que la Iglesia podrá ser crucificada, pero no morirá jamás.

A los pies de la Cruz de Cristo quedó vencida la muerte, y no puede herir con sus dardos á los que se tiñen con la sangre del Cordero.

Ya pueden los ejércitos sectarios pedir á grito herido la muerte de los vasallos de la Cruz.

El triunfador de la muerte está con nosotros hasta la consumación de los siglos.

Y entonces, en la cumbre del Gólgota, el sol y los astros todos se eclipsarán y lloverán lágrimas de sangre.

La tierra temblará consternada y se abrirán los fauces de sus abismos para tragarse á los réprobos.

Y de un entronque monstruoso de los dos ladrones mencionados surgirá la personalidad fatídica del anticristo que, como el mal ladrón del Evangelio, morirá rodeado de sus secuaces entre alaridos de desesperación y de rabia.

Otros muchos se apartarán de él, y formando un núcleo de elección entrarán en el redil de los escogidos y escucharán, como el buen ladrón, aquella consoladora promesa: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

Es ley fisiológico-social que los hijos heredan de sus padres lo mismo las glorias y honores que las miserias é infortunios.

España ha sido siempre y sigue siendo la hija primogénita de la Iglesia.

No es extraño que siga las huellas de su Santa Madre.

Tiempo há que viene caminando trabajosamente con su Cruz á cuestras.

Muy cerca está ya del calvario de su pasión.

También va á ser crucificada entre dos ladrones.

No me preguntéis quiénes son. Llevan careta y no se les conoce. Pero tiempo vendrá en que se les arranque el antifaz.

Entre esos dos ladrones va á morir España, sin esperanzas de resurrección.

Y los hombres de bien protestaremos del atropello.... cruzados de brazos.

José Rodríguez García-Moreno.

¿Es esta la ciudad hermosa,

envidia de toda la tierra?

¡Jerusalén! Jerusalén, que altiva,  
 surges de altos reductos coronada,  
 sobre escombros, deshecho de los tiempos,  
 que tu antiguo poder y glorias cantan.

¡Jerusalén! gigante de los siglos,  
 teatro inmenso de luchas y de hazañas,  
 reina del mundo que á los pueblos viste  
 rendidos, como siervos, á tus plantas.

¡Jerusalén! de un mundo de recuerdos  
 tesorera, que luz de gloria irradian,  
 cuyos hechos del uno al otro polo  
 con sus cien trompas pregonó la fama.

¡Ay! ¡cuán triste á mis ojos apareces  
 hoy que por vez primera las miradas  
 fijo en tí, cuya imagen candorosa  
 reina entre los ensueños de mi infancia!

No eres, no, la ciudad antes invicta  
 graude, y noble, y potente, y esforzada,  
 rica con los de Ofir áureos tesoros,  
 bella con las de Tiro hermosas galas.

Fuerte con tus indómitos guerreros,  
 gloriosa con tus ínclitos monarcas  
 y excelsa con tu templo por diadema,  
 que fué entre todas tu más rica alhaja.

Sentada, ahora, en el polvo de tus glorias  
 y formando un sudario con tus lágrimas,  
 devoras en silencio tus tristezas,  
 de tus ciegas locuras ciega esclava.

¿Qué se ha hecho tu mágica hermosura?

¿Dónde están tus guerreros y monarcas?

¿Dónde tu templo? ¿Dónde tus jardines?

¿Dónde tus pompas de oriental sultana?

¡Ah! yo te observo y nada en tu recinto  
 de tu pasado el esplendor delata:

¡mi templos, ni palacios, ni jardines,  
 ni sabios, ni guerreros, ni monarcas!

Envuelta en un silencio luctuoso  
 veo tu seno, do anida la desgracia,  
 sumida en noche densa, sin que alumbre  
 tu destino ni un rayo de esperanza.

Cayó tu imperio, cual podrido tronco;  
 murieron como esclavos tus monarcas,  
 y heridos tus guerreros sucumbieron  
 sobre la rota sien de tus murallas.

Y tu raza antes ¡ay! llena de gloria  
 nuevo Caín por el mundo errante vaga,  
 como tribu de ilotas que en el rostro  
 impreso llevan su padrón de infamia.

Y tus bellos palacios son hoy ruínas,  
 y yermas son tus fértiles campiñas,  
 é infecundos tus valles asolados  
 y tus montes sin árboles, ni plantas.

Y habitas en tu seno y te dan leyes  
 y los recuerdos de tu historia empuñan  
 hijos sin creencias que no son tus hijos,  
 los hijos crueles de la cruel Arabia....

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¿qué has hecho?

¿Qué has hecho, la de Dios antes amada,  
 para abatir tu frente sin corona  
 bajo el duro rigor de su venganza?

¡Lo sé! El orgullo oscureció tu mente,  
 secó en tu pecho el germen de la gracia,  
 y el rico cetro y la imperial corona,  
 legaste al rey de una nación pagana.

Y al Mesías, tu Dios, que á tí venía  
 para librarte de ignominia tanta,  
 cruz por trono le diste, ajada púrpura  
 por manto y para cetro frágil caña.

¿No recuerdas? ¡Ah, ingrata! En aquel día  
 rugiste como furia desgreñada:

«Si es inocente, sobre mí y mis hijos  
 en ríos de furor su sangre caiga.»

Y cayó, como caen las tormentas,  
 muerte dando á tus locas esperanzas;  
 y esa sangre, que es sangre redentora,  
 tan solo para tí venganzas clama.

Y hasta que laves tu maldad horrenda  
 en un raudal de penitentes lágrimas,  
 vivirás siempre triste y oprimida,  
 de tus ciegas locuras ciega esclava.

S. Eijan.

## Passio Christi, conforta me.

«Podrá acaso mostrarse empedernido  
 ó dejar, Jesús mío, de quererte  
 El hombre cuando llega á conocerse  
 Viendo tu corazón por el partido?»

Ese gran beneficio recibido  
 Quiero con toda el alma agradecerle,  
 Y deseo que deje de ofenderte  
 El hombre por los vicios corrompido.

Mas como aquí la dicha es transitoria  
 Y por tí ha sido mi alma redimida,  
 Grabaré tu Pasión en mi memoria.

Por eso os miro con la fe encendida,  
 Y pues quiero vivir para la gloria,  
 Hoy adoro tu Cruz, fuente de vida.

Viernes Santo 1911.

Manuel A. Calderón.

Párroco.

## SECCIÓN RELIGIOSA

Cuarenta Horas.—Mes de Abril, días 13, 14 y 15, *Semana Santa*; 16 y 17, Parroquia de Santiago Apóstol; 18 y 19, Parroquia de Santos Justo y Pastor.

Procesiones de *Semana Santa* en Toledo.—

JUEVES SANTO: Procesión de los Judíos, que sucedió á la antigua y primitiva de los Nazarenos Penitentes.

El orden que lleva es:

I. Manga con Cruz Parroquial. (Siglo XVI, símbolo de la Iglesia-Parroquia).

II. Pendón morado y ricamente bordado, (tels toledana del siglo XVI) acompañado de portacirios con capucos.

III. La Cena. (Paso del Siglo XVIII: trece esculturas).

IV. La Horación del Huerto. (Grupo del siglo XVIII: dos esculturas).

V. Encuentro en la Calle de la Amargura y la Verónica. (Paso del siglo XVIII: cinco esculturas).

VI. La Crucifixión. (Paso de antedicha centuria, cuatro esculturas).

VII. El Calvario. (Grupo del siglo XVI, tres esculturas).

VIII. El Santísimo Cristo de las Aguas. (Aparecido en el río Tajo, en Toledo, en el siglo XVI).

IX. El Santo Lignum Crucis. Reliquia donada por el Pontífice San Gregorio Magno á Recaredo I, después de abjurar éste el Arrianismo en el Concilio tercero de Toledo en el año 589. El Relicario de plata que la contiene, es del siglo XVI. Es llevada en hombros por Sacerdotes, revestidos de sobrepelliz.

Recorrido: Plaza de la Magdalena, Barrio Rey, Zocodover, Comercio, Belén, Plata, San Vicente, Jardines, Libertad, Plaza de Amador de los Ríos (antes Postes), Nuncio Viejo, Arco de Palacio, Plaza de Ayuntamiento, Puerta Llana, Catedral, Llana y Ayuntamiento, Arco de Palacio, Hombre de Palo, Comercio, Solarejo, Plaza de Trastámara á la Iglesia Parroquial.

VIERNES SANTO: Se celebrará en Toledo la procesión denominada del Santo Entierro, desde mediados del siglo XVI, organizada por la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad.

Es la más severa y mejor organizada, y la forman los siguientes Pasos.

Jesús Crucificado, escultura del siglo XVIII.

Jesús en la Cruz y María y San Juan al pie de la misma; tiene magníficos detalles artísticos.

El descendimiento, (siglo XVIII).

Dolorosa con Jesús en los brazos, (siglo XVII).

Jesús en el Sepulcro, (siglo XIX)

Nuestra Señora de la Soledad, (siglo XIX).

En esta procesión, presidida por las Autoridades, Ayuntamiento bajo mazas y numerosas Comisiones, lúcese auténticas y antiquísimas armaduras.

Salte de Santas Justa y Rufina, á las cinco y media de la tarde, recorriendo el siguiente itinerario:

Calle de la Plata, San Vicente, Jardines, Nuncio Viejo, Catedral, Ayuntamiento, Palacio, Hombre de Palo, Comercio, Zocodover, Sillería, Refugio, San Vicente, Plata á la Parroquia.

Parroquia de Santa Leocadia.—Novena á Nuestra Señora de la Salud.—Orden de los cultos: Día 16 de Abril. Á las seis y media de la tarde se expondrá á Su Divina Majestad, y se rezará la Estación, cantándose á orquesta el Santo Rosario, Motetes y Salve á Nuestra Señora, como preparación al Novenario.

Día 17.—Da principio el Novenario y termina el 26.—Todos los días á las seis, siete, ocho, ocho y media, diez y media y doce de la mañana, se celebrarán Misas rezadas. A las nueve se cantará Misa solemne. Por la tarde, á las seis, se expondrá el Santísimo Sacramento, se rezará la Estación, seguirá el Sermón, Novena, Gozos, Santo Dios y Reserva, terminando con la Salve á Nuestra Señora. Al toque de Orationes se rezará el Santo Rosario.

Ocupará la Sagrada Cátedra todas las tardes, el M. I. Sr. Lic. D. Francisco Frutos Valiente, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Primada.

Funciones.—Día 18. En este día (segundo del Novenario), tendrá lugar la Fiesta principal que la Asociación dedica á su excelsa Titular. Á las diez de la mañana, se expondrá á Su Divina Majestad y acto seguido se celebrará Misa solemne, con Sermón, que predicará el citado Sr. Frutos Valiente, y terminada aquella se hará la Reserva. Por la tarde, á las tres y media, se rezará la Novena, y á las cuatro tendrá lugar la Procesión, por la carrera acostumbrada, cantándose al regreso la Salve.

Día 26.—Á las nueve y media de la mañana se celebrará la Función solemne, costeadá por la Asociación de Señoras, en cuya Misa recibirán la Sagrada Comunión, por vez primera, los niños de ambos sexos de las Escuelas de la feligresía. Será orador el señor Dr. D. Ramón Molina y Nieto, Cura ecónomo de esta Parroquia y Profesor del Seminario-Universidad Pontificia del Arzobispado.

Por la tarde, á las seis, tendrán lugar los siguientes cultos: exposición de Su Divina Majestad, Estación, Rosario cantado á orquesta, Motetes, Reserva, Salve y despedida.

Iglesia de Padres Carmelitas.—Todos los días, desde las cinco hasta las ocho y media, Misas rezadas de media en media hora.

CULTOS DE SEMANA SANTA.—El Miércoles, Jueves y Viernes solemnísimos Maitines cantados.

El Jueves Santo, por la mañana, á las nueve y media, Misa solemne y Procesión con el Santísimo. Por la tarde, á las tres, el Lavatorio y Sermón del Mandato.

El Viernes Santo, á las seis de la mañana, solemne Via-Crucis, y á las ocho, los Oficios.

El Sábado Santo, á las seis y media de la mañana, los Oficios y á continuación Misa solemne, después de la cual se dará la Sagrada Comunión á las personas que la pidiesen. Por la tarde, á las cinco y media, Salve, Rosario y Visita á la Santísima Virgen del Carmen.

El Domingo de Resurrección, á las tres y media de la mañana, maitines cantados, á continuación solemnísimas Misa de Aurora, y Procesión con el Santísimo; en la Misa cantada y en todas las rezadas, por especial privilegio del Papa Pío X, se dará la Sagrada Comunión á los fieles que la pidiesen.

El lunes, 17, segundo día de Pascua, por la tarde, á las seis, Rosario, Sermón que tendrá el Rdo. Padre Prior de los Carmelitas y Bendición Papal con Indulgencia Plenaria, habiendo Comulgado; al final se cantará el Regina Coeli.

TOLEDO

IMPRESA DE RODRIGUEZ Y HERMANO  
 SANTO TOMÉ, 23.—TELÉFONO 61.